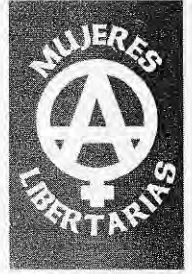


NÚMERO CATORCE

MUJERES LIBERTARIAS



REVISTA DEL COLECTIVO DE MUJERES LIBERTARIAS - MADRID - 300 ptas.



SUMARIO

- 3** Editorial
- 4** ¿Quién era María?, Francisco Torrado Bruguera
- 5** La infancia de María, Antonia Fontanillas
- 9** Como un pájaro en la tempestad, michelle
- 10** Un mundo de Anarquía, Josefa Martín Luengo
- 13** Carta abierta a María, Teresa
- 14** Charlas con mi hermana Pepa, Isabel Blas
- 16** ¡Salud María!, Rosa
- 17** María Bruguera Pérez ha fallecido, Sara Berenguer
- 21** Fue ella quien nos entrevistó, IRebeca Posner y Patricia Díaz
- 22** María en la prensa
- 25** Y le arranqué la cruz, Isabel Blas
- 27** Poesías, michelle y Lucrecia San Antonio

Núm. 14. Primer trimestre 1993



MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES

Subvencionada por el Instituto de la Mujer

mujeres **LIBERTARIAS**



C/ Almagro, 28 – 2º Teléfono: 308 18 47

Francisco Torrado

Sara Berenguer, compañera de
Mujeres Libres y de CNT

michelle, de la Internacional de
Resistentes a la Guerra y de
Mujeres Libertarias

Josefa Martín Luengo, del
colectivo Paideta de Mérida

Teresa González de Chávez, de
Mujeres Libertarias

Olga (Rosa)

Isabel Blas

Antonia Fontanillas, de CGT

(Francia)

Rebeca Posner, Patricia Díaz

(Canadá)

Ignacio Cabanas, artículo de El
Solidario

Mujer trabajadora, publicación
de la CGT

Sal, publicación del MLIM

Isabel Navajas, de Mujeres
Libertarias

Lucrecia San Antonio, poeta

Portada

Foto de María Bruguera

Edita

Colectivo de Mujeres
Libertarias de Madrid

c/ Almagro 28, 2º despacho 5

28010 Madrid

Tel. (91) 308 1847

GIF: G-18972453

Deposito legal: M-23.179/1985

Diseño y Maquetación

Panialla Gráfica

C/ Septiembre, 27

Tel.: 747 08 00

28022 MADRID

Impresión

Gráficas Joma



editorial

q

uisiéramos iniciar este monográfico dedicado a nuestra gran amiga María Bruguera con un cálido agradecimiento, sin duda alguna sentido por ella en vida, a todas aquellas personas que colaboraron —y continúan haciéndolo— con la publicación, y pidiendo perdón a aquellas otras que habrían querido contribuir con sus palabras en este número tan especial, como Antonio Bruguera, su hermano, Pura Arcos, Juani Ayala... La muerte de María, como probablemente imagináis, pareció desbaratarlo todo, y a todas. Aunque sólo por momentos, momentos amorosos y duros que llevamos con nosotras como un recuerdo o una herencia, íntima, poderosa, dulce, y también triste. Sin embargo, en todo ese espacio de tiempo inmenso en que las circunstancias, el mundo, nos impone una reacción, hemos decidido continuar por el sendero que María abrió y alimentó, con esta revista, pensada para que las mujeres se expresaran, se involucraran en una lucha social que adolecía de errores y limitaciones producto de un hecho irrefutable: su exclusión por estrangulamiento u omisión de las mujeres, de las visiones, de los análisis, de las sensibilidades de mujeres que reivindicando su diferencia eran parte del todo. La importancia que María le daba al deber moral de nombrar las cosas se reflejó en su relación con esta revista. Nosotras no podíamos asumir que ésta, ya sin María, su fuente y su dirección, se disolviera en la nada, cerrándose así un espacio que había sido abierto a base del esfuerzo de muchas personas, un espacio vital porque era para la voz de las mujeres.

Esperamos seguir contando con el apoyo económico tanto de instituciones como de particulares, y os invitamos a seguir colaborando en la publicación. Tenemos en proyecto la remodelación de la revista. Queremos incorporar casos y reflexiones sobre la lucha de las mujeres en el mundo, con objeto de ampliar nuestros conocimientos sobre los métodos de lucha que podemos llevar a cabo. Asimismo, dar un espacio a las visiones y vivencias de las mujeres no blancas (no hemos conseguido aún dar con el término que nos satisfaga); al olvidado tema de las leyes y condenas que afecten a las mujeres y al de la situación de éstas en las cárceles; al tema de la vida privada e íntima de las mujeres, sus relaciones personales, su evolución interna, su sexualidad (tan variada). Queremos recuperar en lo posible nuestra memoria histórica como mujeres en lucha; incentivar que se lean libros escritos por mujeres, que las mujeres escriban, dibujen, hagan humor (área dominada a nivel público por los hombres)...

Queremos que la revista vaya más allá de la información y el análisis teórico, de forma que sea útil tanto para nuestra transformación personal como para dar vías alternativas a nuestra lucha solidaria.



¿QUIÉN ERA MARÍA?

por Francisco Torrado Bruguera

A María

¿Quién era María? María era mi madre, pero además María era una persona especial, poseía algo que la distinguía, algo heredado o adquirido, aunque yo pienso que nació con ella. Algo que la sobrevive y que todos aquellos que la conocieron y trataron saben o intuyen. María nació con un fuego interior que condujo toda su existencia, que la hizo muy feliz y la produjo, al tiempo, grandes sufrimientos, pero que nunca la abandonó, ni aún en los últimos días marcados por la enfermedad, de la que ella, a veces, intuía su gravedad, aunque no la afectaba en cuanto a su comportamiento o su vitalidad.

Su padre era un anarquista practicante, y puede que también su abuelo lo fuera, y por ello, María fue engendrada ya anarquista. Su niñez fue dura, al ser la primogénita y tener que ayudar en las tareas de la casa y atendiendo un pequeño negocio de alimentación. Por tal causa, su asistencia a la escuela apenas si existió. Este hecho constituyó siempre su asignatura pendiente: no haber podido aprender sino lo más elemental. De ahí sus esfuerzos y su voluntad por querer recuperar y aprender todo lo posible

en sus últimos años, cuando únicamente dispuso de tiempo suficiente para poder hacerlo. A pesar de haber vivido 77 años, la vida para María resultó muy breve. Su vitalidad y su ansia de aprender pedían mucho más.

La dureza de sus primeros años, el contacto diario con la miseria de toda la pobre gente con la que diariamente trataba atendiendo el pequeño negocio familiar, debieron producir en ella, ya de por sí predispuesta, un ansia de lucha social para tratar de abolir tanta miseria y tanta injusticia como veía a su alrededor. Y así se formó la verdadera María. Su adolescencia la vivió intensamente y transcurrió entre lecturas anarquistas y su devoción al teatro, a todo lo que estaba relacionado con la lucha obrera y su sufrimiento, o su esfuerzo por redimirse. Todo ello caló profundamente en su ser y la impregnó de forma apasionada, influyendo definitivamente en el resto de su existencia.

Después, la Guerra Civil la golpeó muy duramente, perdiendo a gran parte de sus seres más queridos de forma violenta y brutal, siendo apartada de su hijo que contaba sólo unos meses y sufriendo una larga y dolorosa prisión.

Pero su destino era el de los luchadores y al salir de la cárcel la esperaba, como a tantos

otros, una dura supervivencia. La enfrentó de una manera ejemplar y tras varios años de difícil lucha rehízo su vida familiar, con un nuevo compañero, y en los duros años de la Dictadura, aunque dedicada casi exclusivamente a sobrevivir, no perdió nunca su fe en las ideas libertarias.

Sus últimos años, ya en soledad, los aprovechó plenamente y dedicó su tiempo para intentar recuperar algo que siempre la había obsesionado no poseer: una mayor cultura. Acudió a clases para la tercera edad, viajó todo lo que pudo, manteniendo múltiples contactos con personas afines, hizo nuevas y variadas amistades (algunas de ellas no precisamente anarquistas), y repartió cariño y amistad en todo su entorno, y también voluntad de lucha, como lo pone de manifiesto su tozudez para que la revista Mujeres Libertarias siguiera adelante y no desapareciera.

Por todo ello, María caló muy hondo en todos aquellos que la conocieron y la trataron. Por eso, aunque haya desaparecido físicamente, María no ha muerto. Estoy seguro de que sigue viva en todos aquellos que conservamos su recuerdo latente. María seguirá existiendo mientras la sigamos recordando. Yo no la olvidaré, ni como madre ni como amiga.



Curiosamente, yo conocí a María Bruguera en México. Fue durante el verano de 1981. Por afinidad de ideas ambas coincidimos en una reunión del grupo Tierra y Libertad de México que tan hermosa labor realizara, celebrada en la pequeña sala de que disponían —y supongo disponen aún los que quedan de ese grupo— en el Centro Republicano Español de la capital. Las dos nos encontrábamos en el país por causas familiares.

LA INFANCIA Y LA JUVENTUD DE MARÍA

por Antonia Fontanillas

No recuerdo si fue en otro sitio o bien en París donde volvimos a encontrarnos —su hermano Antonio forma parte de nuestra agrupación parisina—; pero a partir de entonces nuestras relaciones se estrecharon. Bien que afiliada en Sanidad, según creo recordar, su actividad preferente se centra en lo feminista y ya entonces me pide documentación para poder destacar, en exposiciones u otros encuentros, la participación de la mujer li-

bertaria y cuanto concierne a nuestra cultura, bien diferenciada de otros movimientos feministas. Proselitista, trata de interesar a algunas jóvenes en el conocimiento del ideal libertario y de formar un colectivo de mujeres que, como medio de expresión funda la revista *Mujeres Libertarias* que aparece en Madrid en 1986.

Sin ser la intelectual y ni siquiera quizá la que escribe en ella, puede decirse que María Bru-

guera es el alma de esta iniciativa. Ella busca concursos y recursos; ella aporta sus ideas; ella se mueve de un lado para otro; del principio al fin de su elaboración, hasta el esforzado y humilde puesto de venta, allí está María para quien la revista termina por ser una especie de razón de vida. Ella nutre sus energías para superar las frecuentes recaídas de su enfermedad. En congresos o en las Jornadas Internacionales de Aprendizaje Liber-



tario u otros acontecimientos libertarios, era frecuente que nos encontráramos y siempre se la veía animosa y, en sus últimos tiempos, cargada invariablemente, con sus paquetes de *Mujeres Libertarias*, asumiendo su difusión. Su querida revista, que ella ofrecía a la colaboración de antiguas compañeras de *Mujeres Libres* como Sara o Pura y cuantas con talante libertario quisieran llenar sus páginas.

Era del temple de esas mujeres para quienes las vicisitudes sufridas no logran mermar su entusiasmo y dedicación al

ideal. Y en su vida, hay mucho de tragedia.

María Bruguera Pérez nace en Jerez de los Caballeros (Badajoz) en noviembre de 1914. Su padre, extremeño también, es hijo de un catalán oriundo de Palafrugell. La infancia de María transcurre en un hogar donde las canciones de cuna —como nos dice su hermano Antonio— tenían sabor ácrata. Su padre entró en los medios confederales siendo aprendiz del corcho en Sevilla, donde conoció a muchos militantes cenetistas y se fue formando en el oficio y en las ideas. Autodidacta,

aunque no poseyera una gran cultura, tenía buena predisposición para la oratoria y había intervenido en actos públicos y, como tantos otros militantes en aquel entonces, fue víctima de las conducciones por carretera, en medio de las parejas de la guardia civil, camino de la cárcel.

Fue presidente de la Casa del Pueblo de Jerez de los Caballeros, donde no existieron sindicatos de la CNT; pero sí sociedades autónomas con grandes simpatías anarquistas, especialmente la del corcho taponero, llamada «El despertar», donde había gente muy competente, con amor a la cultura que ya a principios de siglo fundaron un periódico que se tituló *El clamor jerezano*.

En ese clima societario saturado de acratismo fue desarrollándose la infancia y juventud de María. La vida azarosa del padre tuvo menos repercusión en el hogar gracias al sentido práctico de su madre, que puso un pequeño comercio de comestibles que ocupaba a ella y a los hijos. Compraban cerdos que luego mataban haciendo ellos mismos la charcutería que vendían.

Aunque las sociedades obreras no estuviesen afiliadas a la CNT, el clima de simpatía que despertaba el anarquismo hizo posible que al constituirse la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (F.I.J.L.) en 1932 se crearon también en Jerez de los Caballeros las Juventudes Libertarias, activamente impulsadas



por sus fundadores: Antonio y María Bruguera, Francisco Torrado Navarro, quien fuera más tarde el compañero de María, y otras/os jóvenes.

La sublevación fascista de 1936 cogió a María en pleno idilio amoroso, aún no había cumplido los 22 años. Su padre, que formaba parte del Comité de Defensa, al concentrarse en el pueblo fuerzas o gente que huía de los pueblos ocupados por los facciosos, marchó a mediados de agosto a una zona de mayor seguridad, con compañeros llegados de las minas de Riotinto, cuyo responsable se llamaba Antonio Molina. María y los suyos quedan en el pueblo hasta casi el mismo momento en que entran las fuerzas nacionales el 21 de septiembre. Fracasado el in-

tento de pasar a Portugal, se refugian en las inmediaciones de Jerez de los Caballeros, en unas parcelas de terreno, propiedad de los padres del que había de ser compañero de María, antigua finca llamada «La Media Nava». Allí, escondidos en varias chozas, se refugiaron algunas familias durante bastante tiempo. En una de esas chozas se consumó la unión de María con su compañero, allí nació también su hijito, asistida María por su madre. Un día aciago, la Guardia Civil dio una batida por el lugar y la tragedia sobrevino. María y su bebé son separados del resto de los detenidos gracias a la intervención del capitán de los civiles. De pronto oye disparos y, aterrada, con su bebé en brazos, asiste, alejada, al asesinato colectivo. Matan a su

madre, a su compañero, al que fuera secretario de las Juventudes Libertarias del lugar, Bautista Méndez, en total fueron doce o catorce las víctimas sacrificadas aquel día de noviembre de 1937.

María, con su niño, es trasladada a la cárcel de Badajoz. Pocas son las palabras empleadas para contarle. Otra cosa es vivirlo. ¡Cuál no sería su desgarró interior ante la pérdida de sus seres más queridos y la triste suerte de los demás! ¡Cuál no sería su desamparo moral ante tanta tragedia! ¿Qué alimento podía dar a su niño en tales condiciones? El pobrecito enfermó y suerte tuvo que la hija de un carcelero se encariñó con el pequeño e inmediatamente lo llevó al médico que lo salvó de la meningitis.



En Badajoz fue condenada María y, antes de ser trasladada a Salamanca, confió a sus suegros el cuidado del pequeño. Otro desgarró, separarse de su hijito para su propio bien. Y así, de cárcel en cárcel, también estuvo en la de Saturráran, María terminó en la de Madrid en donde conoció a las hermanas Lobo, antiguas militantes de Mujeres Libres, y donde las mujeres estaban bien organizadas. De allí salió en libertad hacia fines de 1945 mucho más afirmada en sus ideales y dispuesta a continuar; así es que, junto con las hermanas Lobo, María Carrión y otras, agrupadas bajo el nombre de Mujeres Libres, seguramente porque la mayoría de ellas procedía de esa organización que tan magnífico trabajo realizara durante la Guerra

Civil, se dieron en secundar las actividades clandestinas de los compañeros de la CNT (Antonio, el hermano de María, había salido en libertad unos meses antes que ella) hasta 1947 más o menos. Dos años después de haber entrado en la cárcel María, fue ejecutado su padre en Badajoz el 17 de noviembre de 1939. Tampoco él escapó a la voracidad franquista.

Rehízo luego su vida María, con otro compañero de la CNT, Aureliano Lobo. Fueron tal vez años de calma donde pudo disfrutar de la felicidad familiar y de su hijo al que tanto quería y quiso; un formidable muchacho del que se sentía orgullosa, como de sus nietos.

La conocimos de nuevo sola. Ignoramos cuándo quedó viuda¹. El fin del franquismo reactivó sus energías y, de esa época,

ya hemos trazado algunos perfiles hasta llegar a la última recaída que puso fin a su vida a los setenta y siete años, colmados de sueños, de penas y alegrías, con grietas de tragedia que quizá no tuvieron otras, pero que al fin y al cabo son gajes de la vida humana.

Dreux (Francia),
3 de marzo de 1993

Agradecemos a su hermano Antonio Bruguera el habernos facilitado datos familiares que han permitido la redacción de este resumen biográfico.



COMO UN PÁJARO EN LA TEMPESTAD

por michelle

A Francisco Torrado Bruguera

Lo sabía. Que al conocerte me ofrecerías algo preciosísimo que necesitaba, como ese amor al que tuvimos que renunciar o que nos fue arrebatado, salvaje, cruelmente, en dos momentos de la historia que nada tenían que ver, mas comunes por pertenecer al tibio y apasionado mundo del sentimiento, del tuyo, del mío. Que me lo ofrecías, esa emoción de la rebeldía y el conocimiento, del sentimiento volcado, vertido por el lago de la justicia, pues ningún otro podría ser equiparable al amor perdido, a aquel amor vinculado a la felicidad que apenas se llega a sentir, por la culpa maldita de un mundo de mierda que hiere y corrompe, en nuestras penosas e interminables existencias. Que nada más verte llegaba con fuerza el tendón de una amistad vital, que me nutría de pasiones, que alimentaba mi pulso, que embellecería mi mirada, que me sería, que nos sería, arrebatada por la muerte previsible, por el acervo de la muerte que todo lo destruye y que nada, nada puede corromper porque tu vida se prolonga en mis gestos limpios, porque estás en mí cuando me echo sobre los papeles, cuando me atraganto con las palabras de los libros que me prestas, cuando hablo del amor, del sexo, del atropello, del saqueo, de la más ponzoñosa y corrupta enfermedad

de la gente, la mezquina estupidez. Que me ofrecerías lo que no hallo, el espíritu puro de la lucha, porque tu vida es una hebra (tú y yo lo sabíamos al hablar del mundo) de ese frágil hilo de la historia de las personas a quienes les importan las cosas, ese hilo que hemos abandonado en la sepultura de la abulia, del cinismo, del vacío del desprecio, en estos años amorosos, huecos, perdidos del curso humano, donde parecía que podríamos al fin cambiarlo todo y muertos de vergüenza, suicidamente insensibles después y al final grotescos, lo hemos llenado todo de insignificancias venenosas (y yo deseo que estalle y nos entierre vivos porque es imperdonable). Que cuando vi que desde la oscura historia que no viví —que en boca de nadie me llegó— venías a mí con tu hilo y me lo dabas, María, para que nos ayudara a prolongarlo, con la vida, porque cuando todo está perdido sólo nos queda la vida entera, porque prolongarlo es jugarse la vida, como sabes, desde tu belleza interior que rebosa las carencias, me lo dabas, ese valiosísimo regalo, en aquellos encuentros inagotables, las tardes blancas, a mí, cobarde y débil frente al mundo, para que me enrollara en él y siguiera tirando, para que me protegiera del mundo y sobre todo me abriera el espacio necesario

para escupir fuerte a tanta, tanta y tanta podredumbre, a tanta mentira, a tanto egoísmo corrompido por el más irracional y obsesivo no querer ver, la más estremecedora incompreensión, el no tolerar mas que lo esclavizante, para que escupiera y dejara salir lo que nos hace bellas, y no sólo por nosotras sino, y eso me lo dices tú desde tu historia, por un compromiso con la gente que aún podría serlo, y ser justa; que tú, María, amiga marchada, te has muerto y me has dejado aquí, sin ti, sin tu fuerza y tu amor, con terror a que este mundo sangrante me arrebate mi sangre que es tuya porque recoge tu nombre. Con terror a no poder prolongar lo que me ofreciste. Y cómo tú pudiste resistir a pesar de tu lucidez, a pesar de que no enteraste tu memoria ni ocultaste los hechos más brutales, y continuabas, resuelta, sólida dentro de tu cuerpo frágil, de pájaro en la tempestad, pequeña, frágil, poderosa, como lo que no es tangible, tú, María. María Bruguera, amiga, esencial incluso para los sordos oídos de la historia. El alivio de la muerte ahora para ti, y para mí, con tu herencia, la resolución terca de no cejar, de intentarlo, resistir.

Madrid, 27
de diciembre, 1992



«Hay l@s que escriben la historia a base de recuerdos personales o recogiendo en memorias, archivos o textos variados, los elementos necesarios. Y hay l@s que la hacen, con sus actos, sus vidas, sus sacrificios, su participación directa en los acontecimientos que jalonan la crónica de un país. Muchas veces l@s que hacen la historia no saben escribirla. L@s que la forjan no pueden casi nunca utilizarla, ya que esa historia que han forjado se hace realidad y existencia frecuentemente —por no decir siempre— cuando ell@s han muerto.»

FEDERICA MONTSENY

Un mundo de Anarquía

por Josefa Martín
Luengo

**A María
Bruguera
que desa-
pareció el
26 de
diciembre
de 1992**

Este pensamiento, que con frecuencia suele ser cierto para muchos hombres, es una dramática realidad para la gran mayoría de las mujeres. Ellas, como María, vivieron, lucharon y murieron con la sola y única idea de poder alcanzar un mundo mejor, un mundo de anarquía, que significa ausencia de autoridad, de poder, de desigualdad. Un mundo de vivencia colectiva, donde sea factible alcanzar un máximo de libertad posible.

La herencia histórica y la deteriorante estructura burguesa ha ignorado y anulado a todas aquellas mujeres que coprotagonizaron los sucesos que alteraron por un cierto tiempo las previsiones de las superestructuras sociales que controlan y dominan los movimientos de masas, haciendo que peligrasen las estructuras piramidales, y, generando una auténtica

revolución, ya que fue motivada desde las masas proletarias compuestas por hombres y mujeres, participantes activos de la búsqueda de una nueva y distinta realidad social, que no se basaba en la toma del poder, sino en el reparto efectivo de éste, para poder establecer un mundo de máxima igualdad, como de máxima libertad.

Este amplio colectivo de mujeres y hombres, hijas de la ignorancia, la miseria y la incultura, generaron la primera lección no magistral de la historia de este país y de muchos otros: la experiencia de la autogestión, el deseo de una alternativa válida para toda la humanidad, enunciada desde el control de los privilegios, la ausencia de las clases sociales y la cultura y la educación como instrumentos únicos para conseguir la Anarquía.

Conscientes, ellos y ellas, de que el máximo de libertad posible únicamente podía alcanzarse por la igualdad en el saber, por la igualdad educativa, por la ausencia de mitos y creencias de ancestrales condicionamientos, por el apoyo colectivo y la responsabilidad social, entregaron sus vidas, pensamientos e ideas por esa noble causa, por ese noble motor que mantuvo en acción sus vidas mientras pudieron sustentar sus decepciones.

La fuerza de una idea es inmortal siempre que esa idea encuentre acogida en otras mentes, en otras vidas. La anarquía



es esa idea que pervive en el entramado más íntimo de la persona. Es el sueño de las cobardes y la dura realidad de las que viven y mueren por ella. Es el impulso de la vida, la lucha contra la muerte. Es la herencia filogenética ahogada por el acomodamiento a la rutina masificada de una vida sin identidad, de un pensamiento libresco, de una ciencia destructora, de un bienestar asentado sobre los cuatro jinetes del apocalipsis: la muerte, el hambre, la peste y la guerra. Es el vacío incondicional de la me-

diocridad humana; del bienestar, del consumo, del poder, de la intolerancia y el fanatismo.

Quien arrojó en sí una idea, como María y miles como ella lo hicieron, no pueden desaparecer inútilmente, no pueden llegar a morir, porque su herencia existe depositada en nosotras, todas aquellas mujeres que teniendo en la posibilidad de generar nuevas vidas podemos y debemos igualmente inyectar en ellas nuestras ideas, las que llevamos mecidas desde el principio de los tiempos: el deseo co-



lectivo de la justicia, el amor, la verdad, la igualdad y la cultura.

María, mujer proletaria y luchadora, discriminada por su cuna y rebelde por su esencia, fue incapaz de escribir su historia, pero dejó como herencia a todas las mujeres que pensaban como ella, una pluma morada... Yo tengo su pluma delante de mi mesa y con ella recojo agradecida y humilde su preciado mensaje, el de escribir lo que ella no pudo, su pensamiento, su constante deseo, el de que las mujeres dejemos oír nuestra voz en pro de la Anarquía, de la libertad, de la lucha diaria y cotidiana, hasta que cansadas como ella de esta vida egoísta y vanal, dejemos nuestra pluma a las siguientes generaciones.

Tal vez, entre todos los padecimientos que las mujeres tenemos que soportar, sea el del anonimato el más cruel de todos. Las mujeres parimos los hijos para sustentar la historia y las hijas para procrearla, pero en ambos casos nuestra vida es inexistente, puesto que la función que desempeñamos ha sido predis puesta por los hombres para su beneficio, su historia, sus luchas y sus ilusiones y querámoslo o no, seguimos siendo fábricas anónimas que compensamos nuestras frustraciones en una liviana ilusión, la de ser tierra sustentadora de un mundo programado, que es lo mismo que ser madres productoras de vidas que no nos pertenecen, olvidando la obligación de ser

La anarquía es esa idea que pervive en el entramado más íntimo de la persona. Es el impulso de la vida.

protagonistas de nuestra propia historia. Sutil engaño que como tela de araña envuelve a la mayoría de nuestro género y hace inexorablemente perpetuar el indescriptible sino de la mitad de la humanidad.

Si en vez de parir hijos e hijas, las mujeres fuéramos más conscientes de heredar una pluma, una voz y una palabra, este desgraciado e insípido mundo, tal vez variase su destino.

Espero que tu herencia, querida María, sea un mensaje oído y no olvidado, porque tu pluma, no es una estilográfica moderna y estéticamente actualizada, sino una frágil pluma de ave, antigua co-

mo el destino de nuestro sexo, morada para darnos identidad y frágil como la libertad.

En ti compañera, quiero evidenciar el recuerdo de todas aquellas mujeres, la mayoría de tu generación, que dedicaron toda su existencia a combatir un mundo desequilibrado, inútil y violento y que como losas frías y anónimas pueblan este cementerio de muertos con vida. Vuestro pasar por el mundo es algo que debemos considerar como base de sustentación de nuestra nueva identidad, la de ser seres pensantes, protagonistas de la historia y cuna del anarquismo.

Espero que las mujeres que te conocimos, o que conocimos a otras como tú, no dejemos en el olvido la enorme responsabilidad que tenemos de ser plumas que denuncian y luchan por un mundo mejor.

Y termino dedicándote aquellos versos que nunca fueron escritos para mujeres:

«Hay mujeres que luchan un día y son buenas, las hay que luchan un año y son mejores, las hay que luchan toda una VIDA, esas son las imprescindibles.»

Josefa Martín Luengo
trabaja en el
Colectivo Paideia
Mérida (Extremadura),
diciembre de 1992

CARTA ABIERTA A MARÍA.

Mi querida María:

sé que te extrañaría verme escribiendo una carta, sabiendo cuánto me he resistido a hacerlo desde hace muchos años. Pero siento que si alguien la lee es como si la leyeras tú, que de alguna forma te va a llegar.

Al enterarme de que te habías ido, encontrándome yo tan lejos de aquí, que no había podido despedirte, sentí dolor, impotencia y rabia. Viví días de tristeza, de duelo, en los que te lloré.

Aunque nunca te lo dije, estoy segura de que sabías que te quería. A veces me rebelaba al sentirme presionada por ti, para que trabajara más en las tareas del colectivo, de la revista. Otras veces me parecía que entendías mis dificultades de tiempo, te interesabas por mis actividades, estudios, trabajo.

Recuerdo mi resistencia pasiva, mi continua explicación de que no podía hacer más porque tenía otras responsabilidades a las que atender, hasta que en aquella tarde de diciembre, ante tu crítica porque "las cosas no se hacen así, sin contar con las demás" (como yo estaba

actuando ante la urgencia de llevar a la imprenta el último número que salía con retraso), casi te grité "ya sé que no se hacen así, pero es la única

manera en que puedo hacerlo, por tanto no voy a seguir pretendiendo imposibles. Así que, por un criterio de realidad, abandono...". Creo que dejé asombradas a las compañeras que contemplaban la escena. Al día siguiente me llamaste temprano, a modo de disculpa, porque "ya sabía yo que a veces eras un poco bruta", y mi respuesta "qué nos vamos a contar de cómo somos tú y yo". Y con el reconocimiento y la aceptación, de nuevo la atención puesta en la tarea.

Quiero decirte, ahora, cuanto he admirado tu lucidez, tu interés y curiosidad por lo que ocurría en el mundo —lejano y cercano—, tu entusiasmo por cambiar en él lo que nos impide crecer solidariamente. Tu capacidad de decir lo que pensabas —en general y a las personas que te rodeaban— de forma directa, sin manipulaciones, aunque a veces no fuera agradable oírlo. En definitiva tu honestidad contigo misma y con los demás.

Y por todo ello, mi recuerdo agradecido permanecerá junto al de las personas que quise y se fueron.

Teresa González de Chávez





CHARLAS

CON MI HERMANA PEPA

Feliz 1993, María

Isabel Blas

Hermana, María ha muerto. Te escribo apresurada, dolorida todavía por la noticia que me llegó de sopetón, sin esperarla, no obstante saber, como sabíamos todas, que no estaba bien. Pero así era María, hermana. Una mujer discreta y fuerte, a quien la muerte tuvo que pillar desprevenida, porque, de otro modo, no hubiera sido fácil que le hubiera ganado la partida.

María era –acuérdate, hermana– la persona que aglutinaba esta revista libertaria que ahora tienes en tus manos. Sin escribir ella (algo que mal llevaba en su corazón, con el profundo dolor que produce todo lo irremediable) conseguía, con no poca constancia y muchas llamadas telefónicas (al menos conmigo), que todas nosotras, las colaboradoras de *Mujeres Libertarias*, le enviáramos nuestros originales con el tiempo justo para que, una vez tras otra y otra, la revista entrara en máquinas, como por milagro, y saliera a la calle a cumplir su misión. La misión para la que María la concebía...

No sé si te he contado alguna vez cómo conocí a María, hermana. Fue hace algunos años ya, un 8 de marzo, en

una manifestación del *Día de la Mujer Trabajadora* (como no podía ser de otra manera con una mujer tan politizada como ella). En estas y otras manifestaciones suelo yo acercarme siempre a las ancianas. Son una fuente de seguro disfrute. Enseguida hablan contigo, te dan su opinión sobre la manifestación, sobre la situación política actual, sobre el gobierno, sobre todo lo divino y lo humano, en suma. Y su opinión es valiosísima, normalmente. Me gusta escucharlas, porbar sus recuerdos, comprobar su rabiosa actualidad, verlas rejuvenecer a través de la palabra.

Así fue con María. Enseguida que me puse a su lado comenzó a hablar conmigo, se enteró de mi vida y milagros, me habló de la suya y me embarcó, no sé cómo todavía, para colaborar en esta revista de mujeres, a pesar de mis intentos de evitarlo mencionando los inevitables títulos de crédito: falta de tiempo, exceso de trabajo, etc. Inútil totalmente, María, cuando quería algo, ponía en juego toda la terquedad de una libertaria de cuño duro, y se salía con la suya sin que tú te dieras apenas cuenta.

Cuando hablaba con ella –siempre con ocasión de entregarle los originales para las sucesivas ediciones de la revista–, aprovechaba María

para contarme cosas de su vida libertaria. Casi siempre de aquellos tiempos *del treinta y seis*, del primer franquismo, «*que fueron los peores años, claro. No sabes, Isabel, cuánta muerte, cuánta tortura, cuánta lucha...*». De su anarquismo irreductible hablaba con una punta de temor: «*Es necesario proseguir la lucha, Isabel, esto está muy mal. La gente no lo tiene claro en estos momentos*», me decía algunas veces. Otras, me hablaba de los compañeros de la CNT *de antes*, gente luchadora, bondadosa; gentes anónimas –como ella misma– que habían luchado, que seguían luchando, por las libertades, por la justicia, por la democracia, por la paz. Oyéndola, rememoraba yo aquellas y otras parecidas historias escuchadas en nuestra familia, ¿verdad, Pepa?, en nuestro entorno cercano y querido.

María me recordaba inevitablemente a la abuela Amparo en lo físico (tan pequeñas y arrugadas ambas, tan de hierro...) pero se desmarcaba del concepto de *anciana* que, desde luego, no ejercía. Si en alguna ocasión empleaba yo con ella el truco de preguntarle por su familia, la casa, su vida doméstica, contestaba –desde luego– amablemente, pero segundos después retornaba a su discurso ideológi-



CHARLAS • CON PEPA • CHARLAS •

co, el que conocía, el que vivía, por el que vivía? «*cuando mi compañero estuvo en el monte...*». Y, echada la vista atrás, el discurso de María te retrotraía los años que fueran necesarios (hasta aquellos incluso en los que ni tú ni yo habíamos aún nacido) para hacerte entender ¡y que no se te olvidara nunca! que el enemigo no dormía y que era necesario estar alerta y combatir.

«*María, cuídate*», le decía yo alguna vez, preocupada cuando me hablaba de alguna pequeña enfermedad (contra la que luchaba tan denodadamente como había batallado contra el fascismo), de alguna caída, de aquellos achaques que, en una mujer que yo imaginaba próxima a los ochenta años, inevitablemente le aparecían y que comentaba siempre a manera de prólogo-excusa, en sus llamadas telefónicas, a la petición de la colaboración para la revista. «*Sí, sí, he estado mal, pero ya estoy mejor ahora... Tú también cuídate, Isabel, y mándame los folios sin falta mañana*» exigía, al final de nuestra conversación, implacable. La revista era su pan y su sal. Ella, que tanto hubiera dado por saber escribir de todo (libros, artículos, ensayos, cualquier cosa), sublimaba sus ansias de conocimiento a través de los escritos de otras, a través de la edición de una revista de la que se leía hasta

la última línea (y si algo no le gustaba, no dudes, hermana, que te lo decía sin tapujos).

María ha sido la única persona a la que he permitido cierta censura en un artículo. Fue con ocasión de un recuerdo que yo escribí sobre mujeres comunistas, socialistas y anarquistas. Y, como te digo, hermana, me lo espetó sin rodeos: «*No me ha gustado tu artículo. Es que tú no sabes..., claro, Isabel..., pero en el treinta y seis...*». El treinta y seis extendía siempre, fatalmente, sus tentáculos, y llegaba hasta aquí y hasta ahora (y por extensión, hasta mis artículos). Por alguna extraña razón, sin embargo, comprendí a María perfectamente. Su mundo y su tiempo eran otros. Por ellos había vivido, luchado y sufrido. Su mundo y su tiempo merecían respeto. El de los demás y el mío. Y varié ligeramente la composición sobre mis mujeres, en homenaje —en pequeño y cariñoso homenaje— a una anciana luchadora libertaria que seguía en la brecha.

Con motivo de la entrega del último artículo (el anterior a éste) me llamó con la conocida amenaza de siempre: «*Sólo falta el tuyo, Isabel. Hay que cerrar el número*» y me comentó, también como siempre, que no se encontraba bien. Le prometí enviárselo rápido a Teresa directamente (con lo cual ganaba un necesario día en el camino

hacia la imprenta). Le deseé que se restableciera, le felicité ya las próximas fiestas de Navidad y me informó que, como otros años, recibiría un pequeño obsequio de la revista a sus colaboradoras. Le envié, al despedirme, «*un abrazo, María, y hasta otro día*».

Días después supe de su muerte. Ni siquiera tuve la oportunidad de asistir a su entierro, porque, como te digo, hermana, su muerte fue imprevista y cogió a muchos desprevenidos. Teresa creo que andaba de viaje, nadie pareció tener mi teléfono... Sentí dolor ante la noticia. Lloré aquella noche la desaparición de aquella mujeruca que enviaba la escritura de otras y a la que, las otras, debíamos envidiar cosas mucho más importantes: su lucha, su pasión, la sencillez de su discurso...

Y volví a llorar cuando, muchos días más tarde, alguien me entregó la pequeña pluma morada con la que, en las navidades de 1992, la revista —es decir, María— obsequiaba a sus colaboradoras. Dentro del paquete, con irregular letra, una tarjeta decía: «*Feliz 1993. María Bruguera. Mujeres Libertarias*».

Feliz 1993 también para ti, María.



¡Salud, María!

Rosa

Con estas líneas no quiero expresar un pensamiento sobre María ahora que ya no está aquí. No tiene sentido hablar de ella de esa manera. Tal vez habría que recordarla al través del camino que ella seguía apasionadamente.

Estas líneas pretenden ser una reflexión al estilo de las que compartimos con María. Y, tal vez, la que más interesaba y preocupaba a ella.

Es decir, el vivir en libertad, el ser anarquista.

Durante los últimos años, la sociedad se ha visto en un proceso rapidísimo de «vuelta atrás»: ha faltado solidez en los cambios que hubiesen permitido una vida en la que el Estado hubiera sido puesto en evidencia como prescindible.

El consumismo, como una suerte de analgésico, se ha convertido en un pulpo que no deja un solo espacio libre. María decía: «Estamos rodeados.» Ahora el riesgo de volver a una sociedad más rígida, con un Estado más represivo, es cada vez más patente.

María, que conoció demasiado bien la garra de una dictadura, desde la cárcel y desde la clandestinidad, estaba atenta a los indicios de que aquel proceso avanza.

De ahí la urgencia de la conciencia, de la reflexión constante y profun-

*para María,
como “persona
ideológica”, vivir
en la anarquía
suponía una
experiencia
como la del mítico
viaje a Ítaca*

da, de compartir los puntos de vista en función de una mayor objetividad. Y ello, naturalmente, desde la anarquía, como una forma de vida. Con todos los sentidos puestos en discernir la realidad y en formarse dentro de la libertad.

Su forma de ver y de vivir el anarquismo suponía una entera dedicación, sin menoscabo de tiempo o de esfuerzo. Esta actitud la llevó incluso a enfrentarse a quienes incluyen la anarquía en una agenda, dedicándole un par de horas de vez en cuando.

A estos «anarquistas de agenda» María oponía, si bien con finura, las que ellas llamaba «per-

sonas ideológicas». Es decir, aquellas personas que desde su convicción no desperdician momento alguno para formarse o para analizar la realidad, que no dejan pasar ocasión alguna para definir su posición, desde las cosas consideradas triviales hasta las situaciones sociales de envergadura. Personas que viven la anarquía, con la mayor seriedad y sin ambivalencias, haciendo uso permanente de la autocritica y la reflexión.

Es así que, para María, como «persona ideológica», vivir en la anarquía suponía una experiencia como la del mítico viaje a Ítaca. O sea, una vida en la que se actúa a sabiendas de que no se verá «el triunfo de la revolución», pero que tampoco apunta a la gloria en muerte. Vivir como anarquista cada día, a cada paso, sin treguas ni autoengaño.

Finalmente, María echaba en falta en la sociedad el interés auténtico por entender y actuar cuando decía: «Anarquistas formados hay pocos.» Su crítica, de valor inestimable para todos nosotros, tendríamos que asumirla, en franqueza, como una línea de autocritica. Los tiempos que corren no nos van a permitir la indefinición ni la vacilación.



María Bruguera Pérez ha fallecido

por Sara Berenguer

*María, la
veterana
luchadora,
se apagó el
día 26 de
diciembre
de 1992.*

«La nochebuena estuvo bromeando con sus nietos y habló por teléfono con su hermano Antonio», que se encontraba en París. El viernes 25 era ingresada en urgencias a las 5.30 horas. «Pero el sábado se precipitó todo. Una fuerte hemorragia obligó a hacerle transfusiones de sangre, de lo cual no se recuperó». «El doctor optó por cauterizar las varices como última solución, y me explicó que sería muy difícil que pudiera salir del trance, siendo sin embargo la única esperanza», me escribía su hijo Francisco, del que ella tanto me hablaba cuando vino a verme. María «falleció debido a un paro cardíaco-respiratorio sobre las 21.30».

María Bruguera Pérez había nacido el 6 de noviembre de 1915, en Jerez de los Caballeros. Sus padres, Antonio y Elisa, habían tenido cinco hijos, María era la segunda de los hermanos.

De niña fue a la escuela hasta la edad de nueve años. Después se quedó con la madre, para ayudarla en los quehaceres del hogar. Aprendió a bordar, labores que le valieron para defenderse cuan-

do estuvo presa, y una vez en libertad, para ganar el sustento cotidiano.

En sus jóvenes años, militó en las Juventudes Libertarias, donde tenían un grupo artístico denominado Ni dios ni amo, del cual formaba parte. Se desplazaban por las localidades vecinas, donde ponían en escena obras sociales que entusiasaban al público que asistía a dichas representaciones.

La guerra rompió los cristales de la ilusión. Cuando las tropas fascistas entraron en el pueblo, María, que estaba en gestación de cuatro meses, junto a su compañero Francisco Torrado, tuvieron que guarecerse en el campo. Otros antifascistas que huían se unieron a ellos. Más tarde su madre y su hermano Antonio fueron a su encuentro. Mientras, el padre había logrado escapar atravesando el frente en un camión blindado, donde se habían agregado compañeros de Huelva, a fin de alcanzar el territorio republicano.

La familia reunida decidió refugiarse en Portugal. Llegados a la frontera no los dejaron pasar y tuvieron que retroceder.



*Cheste (Valencia) Julio de 1986.
Jornadas Internacionales de Aprendizaje Libertario.
El tema Mujer, siempre es el más candente. Tiene la palabra Ana Carrera,
de Zaragoza, a su lado derecho está María Bruguera*

En realidad, desde Galicia hasta el sur de Andalucía todas las fronteras estaban ocupadas por las fuerzas fascistas del gobierno portugués.

Nada era de extrañar, puesto que el régimen totalitario de Salazar no podía consentir el triunfo de la revolución española. Favoreciendo a la reacción, al mismo tiempo que Radio Club Portugués, iniciaba una campaña de ayuda al franquismo, dejando transitar hombres, armamento, abastecimientos, etc; a la vez que evitaba por todos los medios que los revolucionarios lusitanos pudieran ayudar a sus compañeros de lucha, en tierras ibéricas.

En esa época de dura represión, un puñado de hombres bien resueltos y casi sin medios, se lanzaron a una lucha antisalazarista, que podía haber cambiado el curso de la historia de Portugal.

Fue un periodo de desmedida represión fascista. A consecuencia de ello, en enero de 1937, un pequeño grupo de compañeros acordaron atentar, de manera decisiva, contra la vida del dictador Salazar. Atentado que se llevó a cabo el 4 de julio de 1937. Ayudados por el grupo, los principales responsables eran José López y Emidio Santana, autor del libro autobiográfico Historia de un atentado, pu-

blicado en Portugal en 1957.

El atentado fracasó y tuvo como resultado el arresto y condenación de varios compañeros, a distintas y largas penas carcelarias.

La resolución de tal atentado contra el déspota del Estado fue «el desespero de un clima colectivo, en un momento histórico grave». «La vecina España —escribiría Emidio Santana— iniciaba una guerra civil que decidiría su destino, y este destino consumiría el nuestro». La firme determinación de los compañeros lusitanos «tuvo la virtud de revelar que las energías humanas no estaban agotadas

y que el fatalismo no se instalaba en todas las almas».

Al retroceder se encontraron sitiados. En el transcurso de este tiempo, el día 8 de junio de 1937, María dio a luz a un niño, al que le dieron el nombre de Floreal. María fue asistida por su madre, en la choza de una Colonia, parcela que pertenecía a los suegros, de cuya familia tenían la protección.

Acosados por los fascistas, en una batida, fueron asesinados su compañero y su madre y a María se la llevaron con el recién nacido en brazos, a la cárcel de Jerez de los Caballeros, donde permaneció ocho días, y desde allí fue trasladada a la prisión de Badajoz, donde pasó un año.

En la cárcel pudo guardar a su hijito durante nueve meses, el tiempo que lo amamantó. Aquel niño que había quedado huérfano de padre también era arrebatado de los cálidos brazos de la madre por su condición de presa, y fue recogido por los abuelos. En efecto, los suegros se hicieron cargo del bebé, el cual no se llamaría más Floreal sino Francisco; leyes que los franquistas aplicaban a todos los niños que no tenían nombre de santo.

María había sido juzgada en diciembre, saliendo de la sala con la pena de muerte. Tres días más tarde, el abogado le comunicaba que le habían conmutado la pena por treinta años de reclusión.

Desde la cárcel de Badajoz fue trasladada al

María era
una mujer
joven, delgada,
con
unos lindos
ojos verdes,
de apariencia
frágil,
pero con un
«manejo de
energías»,
con deseos
de luchar y
de vivir incesantemente.

Convento de las Oblatas, convertido en penal y regentado por monjas. Allí empezó haciendo bordados para sus compañeras de presidio. Cuando las monjas se dieron cuenta de la delicadeza de sus labores, le dieron prendas para bordar. Como la retribución era un verdadero abuso, rechazó el trabajo.

A las presas sociales les hicieron recorrer diferentes penales; Salamanca, Santander, Valladolid, etc. Su encarcelamiento

fue muy penoso. La ayuda exterior era mínima debido a las muchas restricciones en que las familias se encontraban.

¡Todo no había terminado! Después del triunfo de los franquistas, ya terminada la guerra, el padre, con la esperanza y deseos de ver a su esposa e hijos, regresó al pueblo. Detenido y condenado a muerte, el 17 de octubre de 1939 era ejecutado.

En aquella soledad de los fríos muros carcelarios, su juventud fue bañada en lágrimas. Años aciagos de incesante inquietud; recordando cuando le arrebataron el amor de su madre y su amor sublime, seguidos por la hoz sangrante del fascismo cruel e inhumano.

María se enteró que en Madrid se había montado un taller de costura y bordados. Solicitó el traslado y se lo concedieron. Allí era mejor retribuida. Y desde la capital del oso y del madroño salió en libertad, después de ocho años y un mes de reclusión.

María era una mujer joven, delgadita, con unos lindos ojos verdes, de apariencia frágil, pero con un «manejo de energías» —como me escribiría su hermano—, con deseos de luchar y de vivir incesantemente.

Al recobrar la libertad se fue a casa de unos compañeros que la recibieron con afecto*. Mientras estaba allí, su hijo pasó por delante de la casa para ir a dar la comida a los cerdos que los abuelos tenían. Los amigos lo llamaron:



—Ven, queremos hablarte... ¿Tú te acuerdas de tu mamá? —le preguntaron.

—¡Sí!, y yo sé que mi mamá un día vendrá a buscarme.

—¡Pues yo soy tu madre! —le dijo María.

Es de suponer ¡la conmoción que vibró en aquella pieza! El niño se abrazó fuertemente a la madre, que lo estrechó con ternura. La emoción embargó a María, pero serena le dijo:

—¿Vas a dar comida a los cerdos?

—¡No! —le contestó—, ¡me voy contigo!

María cogió a su hijo por la mano y se lo llevó a casa de los abuelos, que lo habían cuidado hasta entonces.

Liberada buscó trabajo de bordadora. Su primer domicilio fue en casa de María Carrión y Antonio Rodríguez, quienes le dieron cobijo solidariamente. María Carrión había ido constantemente a verla durante los años que había estado presa. Nuestra María siempre la recordó con afecto.

Cuando estuvo a su alcance poder alquilar un piso, en compañía de su hermano Antonio, la primera idea de los dos fue la de ir a buscar el hijo. El hijo del amor.

Con su espíritu de combate, junto a su hermano se incorpora a la lucha clandestina. Se une al grupo de Mujeres Libres y colabora con ellas, entregándose con ardor a las actividades que llevaban con cautela.



—Ven, queremos hablarte... ¿Tú te acuerdas de tu mamá? —le preguntaron.

—¡Sí!, y yo sé que mi mamá un día vendrá a buscarme.

—¡Pues yo soy tu madre! —le dijo María.

Así, María continuó hilando ideas, allí donde se encontrara. Con el tiempo y a pesar de sus años, su ímpetu de rebelión no había mermado.

Hace unos años, un colectivo de mujeres libertarias decide editar una revista con el mismo nombre. María forma parte del grupo editor y se desvive para propagarla. Sus anhelos eran los de animar ese grupo de colaboradoras en tan ingente labor, en defensa

de la mujer. Al desaparecer nuestra compañera pensé que la revista quizá no saldría... Mas las compañeras del colectivo acaban de escribirme y me dicen: «Continuaremos editando la revista.» Es el mejor homenaje que se le podía ofrecer.

María tenía gran afán en instruirse, lo que no pudo hacer cuando era joven. Su paso por las cárceles de España no alcanzó a eliminar sus ansias de lucha sino que avivaron en su sentimiento el deseo de reivindicar la libertad de la mujer y la de sus compañeros.

¡Cuántas compañeras hemos perdido! La esencia de la revuelta que empezara en aquel 19 de julio de 1936, poco a poco, va reduciéndose a cenizas:

María fue incinerada en el cementerio de la Almudena, el lunes día 28 de diciembre de 1992. Compañeros y compañeras se unieron a la familia para acompañarla hasta su último hado «tras la lectura de una emotiva poesía escrita por una joven compañera de su grupo».

Descansa en paz ¡compañera!

* Francia,
14 de febrero de 1993



FUE ELLA QUIEN NOS ENTREVISTÓ

por Rebecca Posner y Patricia Díaz

Montreal (Canadá), 23 de marzo, 1993

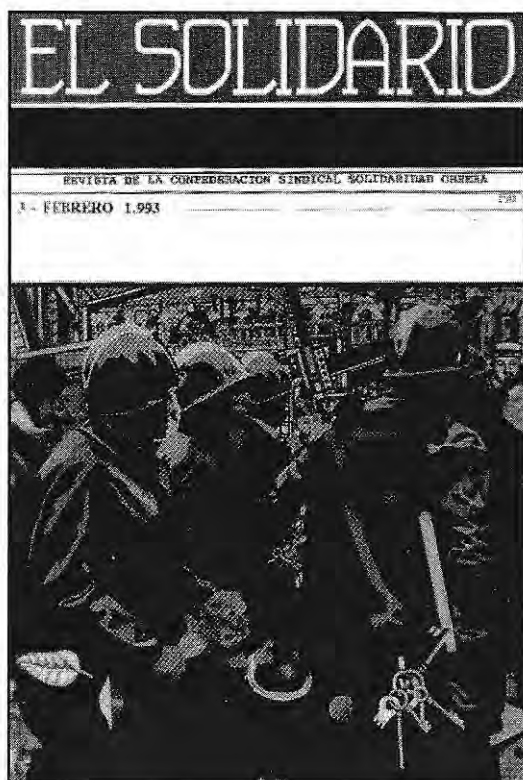
En el verano de 1992, dos mujeres de Canadá fueron a España para realizar un video sobre el Movimiento Feminista Español. Con la ayuda de una historiadora, obtuvieron el nombre de algunas mujeres feministas. Entre ellas se encontraba María Bruguera.

Así fue que hablamos con María por primera vez. A nuestra gran sorpresa, nos invitó enseguida a su casa. Esta mujer pequeña, pero tan fuerte, con tanto desplante, nos invitó a su comedor para charlar. Veníamos con la intención de entrevistar a María. Sin embargo, fue ella quien nos entrevistó: ¿Qué sabíamos de las Mujeres Libertarias? ¿Conocíamos la diferencia entre las Mujeres Libertarias y las Mujeres Antifascistas? Afortunadamente, conocíamos la historia y logramos pasar el examen de historia. De ahí en adelante pudimos hablar de cosas más corrientes como la revista de las *Mujeres Libertarias* que ella estaba compilando en ese momento. Para nosotras, lo que María empezaba a ofrecernos tendría un gran valor. María nos abrió las puertas del pasado. Fue impresionante su palabra franca al contar su historia personal, una historia que forma parte de la

época de la Segunda República, pasa por la guerra civil y la dictadura de Franco y llega a la democracia de hoy. María nunca dejó de luchar por los derechos de las mujeres.

Todas estas historias se pueden leer en los libros. Sin embargo, de María recibimos más que una simple clase de historia sobre la mujer española. María fue un ejemplo de la mujer incansable, sus ideas sobre el feminismo fueron instructivas y antes de su tiempo. Ella comprendió que la mujer no puede avanzar imitando los valores patriarcales, y tenemos que encontrar alternativas para el futuro.

Para nosotras este mensaje fue instrumental en la dirección que tomó nuestro video. Su contribución en el Movimiento Feminista español será compartida aquí en Canadá y en España. Recordándote siempre, estimada María.



Publicación *El Solidario*. Febrero 93

MARÍA BRUGUERA, ¡HASTA SIEMPRE!

El 26 de diciembre pasado fallecía María Bruguera, fundadora y eje central del colectivo Mujeres Libertarias. Los que la conocíamos bien siempre admiramos la entrega y la ilusión que esta compañera desplegaba en su acción militante, a pesar de su precaria salud. La actividad de María salvaguardó al grupo de mujeres en sus peores momentos y fue decisiva a la hora de preservar la autonomía e independencia del mismo frente a la CGT.

María Bruguera nació en Jerez de los Caballeros (Badajoz) el 6 de noviembre de 1913. Sus abuelos habían abandonado Palafrugell (Girona) trasla-

dándose a Jerez, donde trabajaron en la industria del corcho. Su padre estuvo en Aracena y Sevilla, donde toma contacto con grupos anarquistas, y vuelve a Jerez a trabajar en el corcho.

En Jerez, tenía fuerte presencia el PSOE, que agrupaba a la mayoría de los campesinos, mientras que el anarquismo se vertebraba en torno a la industria del corcho y sus diferentes ramos. Las actividades del padre de María lo llevan a ser represaliado, a la vez que orientan a toda la familia hacia la militancia.

Los recuerdos de María hablan de una extraordinaria inquietud cultural de gran parte de los obreros, que se traduce en una fuerte adscripción a los grupos de izquierda de la época. Se acudía al teatro y se organizaban veladas literarias, todo ello con un gran contenido social. Ella misma participaba en un colectivo teatral formado por el grupo de mujeres «Ni dios ni amo».

Avanzados ya los años treinta, los sindicatos del corcho se integran mayoritariamente en CNT y María milita en las Juventudes Libertarias. La guerra la sorprende en Badajoz con parte de su familia, vuelven a Jerez y tratan de pasar a Portugal de donde son expulsados. Viven escondidos en la casa de los padres de su compañero, Francisco Torrado, y allí María da a luz un niño, Francisco.

Al intentar pasar nuevamente a Portugal, con un nutrido grupo de compa-

ñeros refugiados, cae en manos de los fascistas, que asesinan a todo el mundo (incluido a la madre y compañero de María). María inició un periplo carcelario de ocho años y un mes por Badajoz, Salamanca, Santander y Madrid. En el intermedio se la ha separado de su hijo que es bautizado a la fuerza, y pierde a su padre, que se ha entregado con la esperanza de contactar con su familia, y es fusilado en octubre de 1940.

Con la salud resentida, María abandona la cárcel y permanece con el resto de su familia en Madrid, uniéndose sentimentalmente con Aureliano Lobo. Participa activamente en la quebrantada organización en Madrid (parece ser que funcionaban clandestinamente la mayoría de los sindicatos de la CNT, el grupo de Mujeres Libres, etc., y que se editaba el periódico CNT en pequeño formato) durante una década hasta que la represión y el cansancio de los compañeros posibilitó la casi desaparición del movimiento libertario. María dedica su atención a su compañero enfermo y regresa a la militancia (sindicato de sanidad) a la muerte de éste, en 1976.

Poco después trabaja en la reconstrucción de un grupo de mujeres y cofunda Mujeres Libertarias, que tiene escaso desarrollo, fundamentalmente por falta de militancia. La obsesión de María es preservar la independencia y autono-





Publicación SAL, marzo 1993, n.º 13

ADIÓS, COMPAÑERA

"Sólo soy libre cuando los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad de la gente, lejos de ponerme límites, o de ser la negación de mi libertad, es, por el contrario, tan necesaria para su existencia como una confirmación de la misma."

BAKUNIN

A este pensamiento fue siempre fiel María, compañera libertaria, de cuyo fallecimiento y con profunda tristeza debemos dar noticia. Desde estas páginas, queremos



rendir un homenaje a esta mujer, que aunque nunca escribió fue el motor de *Mujeres Libertarias*, una de las revistas de mujeres más conocidas por nosotras. En palabras de una de sus compañeras, «era el alma de la revista».

Querida María, estarás presente en la historia de la lucha de las mujeres de este país y siempre te recordaremos como en esta fotografía, en que exclamabas: ¡SALUD!

SAL es la publicación del Movimiento para la Liberación e Igualdad de la Mujer (MLIM)



C/ Almagro, 28, 2ª



308 18 47





Y LE ARRANQUÉ

Conocí a María al despuntar de la clandestinidad en el setenta y poco. Era raro encontrar en esos días el equilibrio entre la euforia de los recién estrenados derechos y nuestra hambre de más, entre los viejos anarquistas y los chavales ácratas, entre las mujeres libres y las chicas liberadas. Y ahí estaba María, que tenía años, experiencia, lucha, contacto con el exterior (exilio) y que conectaba con los de ahora.

Fue una de las primeras en ver la necesidad de adaptación de los principios tácticos y finalidades de la CNT. De adecuar los sindicatos (decía «los patrones han cam-

biado, si nosotras no lo hacemos nos vencerán»). De planificar. De mantener la independencia de Mujeres Libertarias.

En su afán de saber y transmitir lo aprendido jamás se dio tregua. Cuántas veces quiso irse a su casa y siguió en el sindicato. Cuántas veces quiso parar y siguió corriendo. Cuántas veces quiso vivir para sí y vivió para los demás.

Por eso cuando murió, yo quité el crucifijo de su

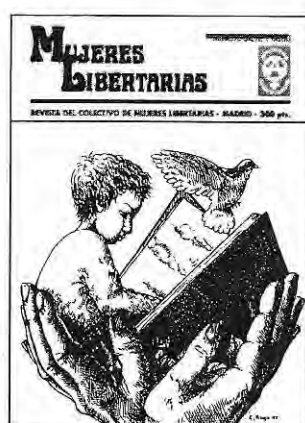
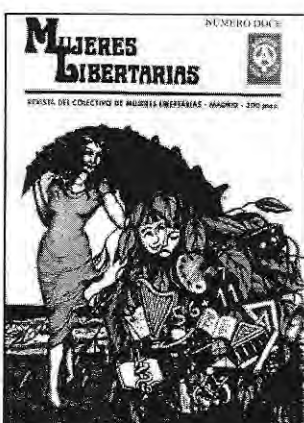
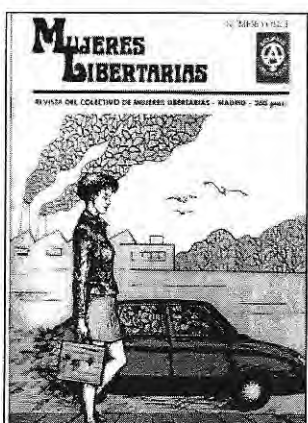
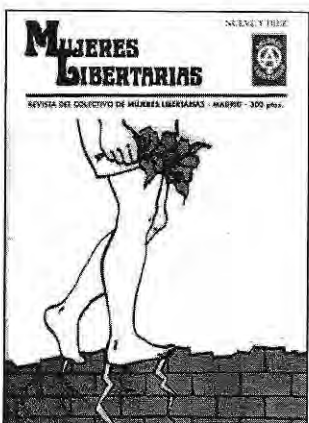
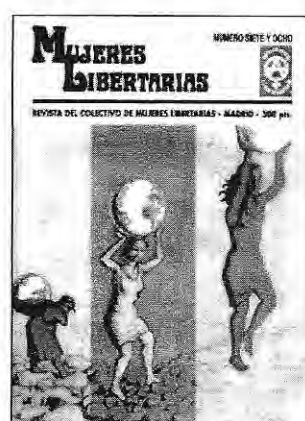
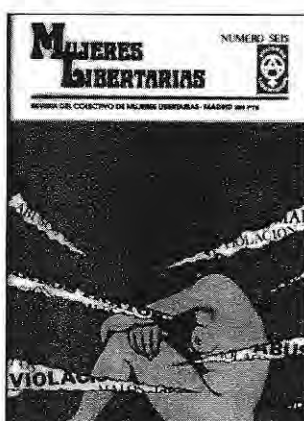
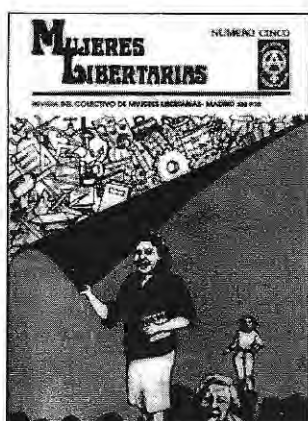
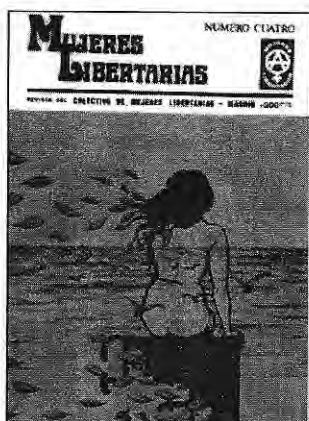
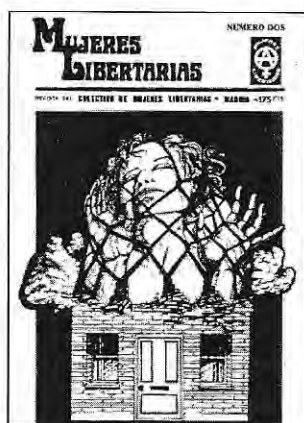
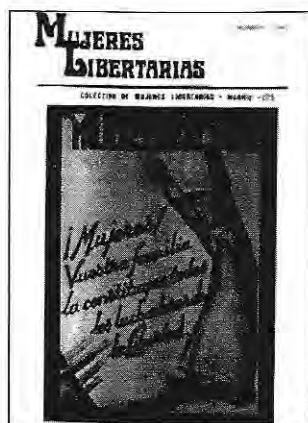
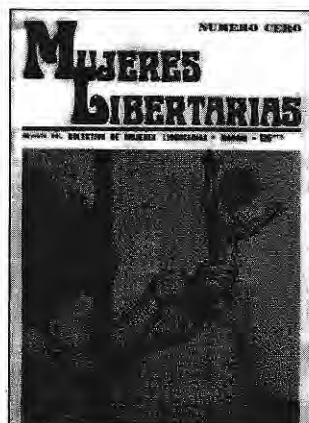
ataúd. Aquí aún no se venden ataúdes sin crucifijo, todavía vende, viste bien, llevar un cristo postizo tanto en la vida como en la muerte.

La cruz de María era auténtica, su cristo no fue postizo. María, a pesar de las monjas carcelarias que le mostraron los peores vicios, no se corrompió. Siguió dándose a todos, a su idea, a nuestra idea. Le pasó como a aquel a quien el poder y la iglesia de su tiempo crucificó.

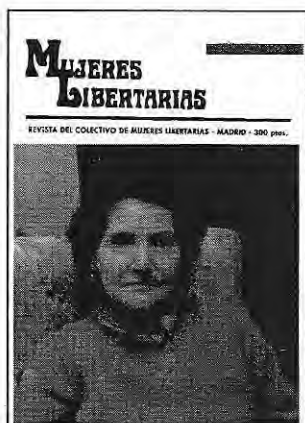
Por eso María no podía llevar un cristo postizo, y yo, precisamente por creer en Cristo y en María, se lo arranqué.

LA CRUZ

por Isabel Navajas



MUJERES LIBERTARIAS



AQUI ESTAMOS



MUJERES LIBERTARIAS MADRID

C./ Almagro, 28 - Piso 2º
Despacho 5
Teléf.: 308 18 47

MUJERES LIBERTARIAS GRANADA

C./ Marqués de Falces, 5
Teléf.: (958) 28 65 85

DONES LLIBERTAIRES BARCELONA

Vía Layetana, 16 - Piso 9
Teléf.: (93) 310 71 10

MUJERES LIBERTARIAS SEVILLA

C./ Alfonso XII, n.º 26

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Nombre.....
Domicilio.....
Localidad.....C.P.....
Provincia.....Tfno.:.....
Deseo suscribirme a partir del N°.....

SUSCRIPCION 1.000 ptas 4 números

Forma de pago:
Señala la forma de pago:

☐ Cheque adjunto ☐ Contra reembolso
☐ Giro Postal ☐ Domiciliación bancaria

Sr. Director del banco/Caja de Ahorros de.....
Sucursal/agencia urbana núm.
Calle.....
Localidad.....C.P.....
Ruego a Ud. se sirva cargar a mi cuenta núm.....
el importe de mi suscripción a la revista MUJERES
LIBERTARIAS

Caja Madrid
Número de cuenta: 6000063042. Sucursal 1.776
Ayda. Nuestra S^a de Fátima Madrid



San Cristóbal, 17
28012 MADRID

Teléf. 521 70 43

▼ Poesía

A María

María: te has marchado...
¿Por cuál senda florida
caminan hoy tus pasos?
Nos dejas en la vida
un recuerdo de luz,
de tu luz escondida
que fue ejemplo y fue amor.
Tu ideal lo vivías
día a día en tus actos
de infinita bondad
y veías el mundo
a través de un cristal
que a tus ojos cansados
daban otra visión
de este mundo que marcha
dando tumbos, borracho
de tanta confusión,
de tanta zancadilla,
de tanto golpe bajo,
de tanta incompreensión.

Recordaré el calor
de tu mano en mi mano;
tus palabras de aliento,
tu beso en mi mejilla
y seguiré pensando
en ti, como una amiga
que vendrá cualquier día
a merendar a casa,
a sentarse en mi silla,
a seguir conversando
con tu afán de saber...
Brotarán de mis labios
vagas contestaciones.
Era yo la ignorante,
¡tú me dabas lecciones!

Mis versos están tristes
y lloran por tu ausencia...
¡Añoran tu palabra!
¡Añoran tu presencia!

Lucrecia San Antonio

POEMA BLANCO A María Bruguera

Déjame tu cuerpo, tus ojos abiertos, el ritmo de tus manos.
Déjame que desmende tu cuerpo de garza, un puente
de adobe hasta esta sala.
Déjame la cocina, barquillos sobre la mesa, pequeñas
copas de leche, la fuente de calor bajo el mantel.
Déjame las cicatrices de los soldados que te hirieron y las monjas carcelarias.
Déjame la ardilla, tu mentón de almendra,
que en tu boca sabía rota entre los tiempos, palpitando
ofreciendo jugos desde el balcón de los garbanos
alentando a las gaviotas en nuestros acantilados.
Sólo en la dureza del dolor se abren las brechas más hermosas.

michelle